

DOSSIER



José Rubén
Romero

1890 - 1952

Lugareño, viajero y narrador: Escritor

Alvaro Estrada Maldonado

Para María Dolores Maldonado



José Rubén Romero nació en el corazón de Jalmich, esto es, en la región más jalisciense de Michoacán, o si se quiere, en la porción más michoacana de Jalisco. Fue y sigue siendo en el recuerdo un lugareño de Cotija de la Paz, un pueblo del noroeste michoacano, *catixani* o sitio donde la garganta está más ensanchada, caserío colonial de españoles arranchados, asiento de comerciantes y buscadores de oro, paso obligado de arrieros, iglesia de beatos, tormento de liberales, cuna de personajes de todos los colores y fustes, crisol de etnias y panoplia de las más bellas mujeres.

Cotija siempre fue un pueblo de caminantes. José Rubén lo fue como ninguno. Continuamente estuvo de viaje, alimentándose con el cebo del paisaje, tomando notas y escribiendo. Incansable *flâneur*, viajó lo mismo hacia la geografía que hacia su propio interior. Heredó la tradición memoriosa de sus abuelos y vino a la vida para contar historias locales. Lentamente pulió su oficio de narrador. Para lograrlo pasó de lo oral a lo escrito, bebió el vino de los más variados odres literarios, garabateó, intentó una y otra vez convivir con las palabras, encontró su voz, un estilo. Sufrió entonces una obligada metamorfosis: se trastocó en un lugareño de muchos pueblos, un hombre fundido y confundido con su entorno.

José Rubén Romero, lo mismo que los grandes escritores universales, sabía mirar a las estrellas. Pero contempló su reflejo en lo pequeño. Posó su lente en lo microsocial, en *La vida inútil de Pito Pérez*, en un *Pueblo Inocente*, sobre el rostro de *Rosenda*. Todos sus escritos son *Apuntes de un lugareño*. Carlos Monsiváis ha visto en él un fallido narrador de las costumbres provincianas; tal vez, ciertamente, no tenga la estatura de Fernández de Lizardi. Mas nada despreciable es su legado: sólo su prosa nos pudo ofrecer, con pícaro humor y sabor provinciano, alcanzando por momentos la belleza de la poesía, las más entrañables historias michoacanas.

La revista *Ethos* no puede dejar en el olvido posmoderno la personalidad y la obra de este cotijense ilustre. Dedicar por ello el *dossier* de su número 39 a recordarlo. Para meter en contexto el asunto, inicia con “Generalidades del hombre y su obra”, primer capítulo de *Ser y hacer de Rubén Romero*, uno de los trabajos de crítica más documentados que debemos a la pluma de María Teresa Perdomo. Un artículo de José Pagés Rebollar, el legendario editor de la revista *Siempre*, nos introduce aún más en la personalidad y en el interminable anecdotario de un escritor al que considera “grande de la novela, señor de la picaresca”.

Aparece en seguida, necesaria e inconfundible, la voz del propio José Rubén Romero, incluida en las *Obras completas* editadas por Porrúa. “Breve historia de mis libros” es el título de unas palabras que nuestro escritor leyó en La Habana, Cuba, en el año de 1942, justo en los aciagos días de la Segunda Guerra Mundial. El lector puede rastrear en esas páginas el origen personal de sus libros, constatar que toda obra literaria es a fin de cuentas autobiográfica por llevar, explícitamente o de manera invisible, la impronta de la vida de su autor.

Como casi siempre es mejor leer al autor antes que a sus críticos, el legajo incluye el “Testamento” de Jesús Pérez Gaona, parte final de la novela de Romero más popularmente reconocida. La amargura vital, el desencanto y la tristeza de “Hilo lacre”, lo mismo que su talante liberal y hasta socialanarquista, aparecen meridianamente expresados en este legado que anticipa su muerte. Son los mismos afectos que experimenta el escritor: José Rubén Romero es también Pito Pérez, habla por momentos a través suyo. Su ideología política, por cierto, era una perla rara entre los cotijenses de principios del siglo XX, más dados al conservadurismo rezandero.

Cierra el *dossier* una lista de las obras poéticas y narrativas, discursos, conferencias, ensayos y artículos producidos por nuestro autor a través de su azarosa vida. A esta lista sigue una bibliografía elemental, que bien puede servir de guía a los lectores que se inicien en la lectura de un “lugareño universal”, según lo llamó José Antonio Portuondo.

Es preciso, finalmente, dejar asentado que quien esto escribe es un cómplice de José Rubén Romero. La mano que intenta estas líneas hunde también sus raíces maternas en Jalmich, circunstancia que sin duda permea o sesga cualquier cosa que diga. Después de Montaigne, el sefardita francés, marrano para siempre, todo escribir es ensayar. ▲

Generalidades del hombre y de la obra

María Teresa Perdomo



Hay obras que reflejan tan ineludible y claramente la personalidad de su autor, que antes de examinarlas resulta imprescindible fijar la atención en ella. La producción de José Rubén Romero pertenece a esta categoría. Conocemos los datos más sobresalientes de su vida porque él mismo los ha precisado en entrevistas, conferencias, discursos, etc., además de estar presentes en toda su obra, frecuentemente con indicación expresa de tratarse de datos autobiográficos. Abundan también en documentos oficiales y en el testimonio de sus contemporáneos, cuando el hombre emerge del anonimato a la vida pública.

Quienes frecuentaron el trato de José Rubén Romero y conocieron su obra decían reiteradamente: “es igual a su obra”.¹ Andrés Iduarte, entre ellos, asegura: “Conocí al hombre de carne y hueso antes que al escritor. Luego fui viendo que éste era exactamente igual que aquél, sin la menor diferencia entre persona y literatura”.² Carlos González Peña, matiza la misma opinión que, sin embargo, permanece la misma: “El hombre se parecía a sus libros. El hombre era, en cierto modo, réplica de sus libros”.³

El periodista Roberto Núñez y Domínguez, dice de Romero: “Es tal vez él, entre todos los escritores el único que trashuma en su persona la esencia de sus libros” y agrega: “produce gemela impresión espiritual escuchar a Rubén que leer cualquiera de sus páginas”.⁴

Los primeros años de la vida de Romero transcurrieron en Cotija de la Paz, pueblo michoacano donde nació el 25 de septiembre de 1890. De allí salió a los siete años, por haberse trasladado su familia a la ciudad de México. La cual estaba integrada por

¹ Notas bibliográficas, *El Universal ilustrado*, XIX, No. 943 (junio 1935), p. 1.

² IDUARTE, Andrés. “José Rubén Romero”, en *Hispanic Institute in the United States*, Cuba, 1946, p. 8.

³ GONZÁLEZ PEÑA, Carlos. *El Universal*, (17 julio 1952), p. 3.

⁴ NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, Roberto “Con el novelista Rubén Romero”, en *Revista de Revistas*, año XXVI, No. 1422, (22 agosto 1937), p. s/n.

una abuela, el hermano mayor, la hermana menor, él y sus padres. Las causas del traslado fueron las ideas liberales del padre que ahuyentaron, con el estímulo del cura del lugar, a los clientes de las dos tiendas que poseía. El niño fue separado de sus compañeros de diabluras, que no eran los de su edad, sino los amigos de su progenitor, así como de toda la parentela, lo mismo que de la escuela, las golosinas, las costumbres pueblerinas, los aromas del pueblo, el rumor del agua casera.

Siete años pasa en México José Rubén. Asiste a la escuela primaria; prosperan los negocios del padre, pero prospera también el derroche del capital emprendido por él mismo y toda la familia se ve forzada a regresar a Michoacán, en plena bancarrota cuando éste obtiene el cargo de Prefecto en el pueblo de Ario de Rosales.

Un poco después, en algún período de su adolescencia, Romero cursa un año de estudios en el Liceo de Varones de Guadalajara. A esa época alude brevemente en un artículo periodístico.⁵ No existe ninguna otra mención de que haya realizado otros estudios posteriormente.

En México ha empezado José Rubén a hacer versos. De esta actividad queda una dedicatoria de Amado Nervo en un ejemplar de sus *Místicas*: “A José Rubén Romero, un niño que hace versos”.⁶ El propio autor le confía a un periodista: “Escribí mis primeros versos para felicitar a mi padre un día de su santo”.⁷ No precisa la fecha, pero puede situarse entre 1897, cuando Romero llegó a México, y la fecha en que se publicó su primera composición en el periódico de Ario de Rosales, *El Panteón*, el 2 de noviembre de 1902, es decir cuando tenía entre siete y doce años. Gastón Lafarga, su amigo y biógrafo, sin precisar su fuente de información, dice que entonces Romero tenía once años.⁸

A partir de 1905 Romero sigue publicando versos, tanto en periódicos de Cotija, como en el periódico fundado por él y el Secretario de la Prefectura en Ario de Rosales, *Iris*, de corta duración. También aparecen en otros periódicos de este último lugar. En 1908, después de entrar en contacto con algunos poetas morelianos que lo habían nombrado miembro de su Ateneo, publica sus composiciones en periódicos de Morelia.

Del primer encuentro con esos poetas, ha dejado Romero algunas imágenes que captan la tipicidad del momento: el lugar de reunión era “un tendajón miserable... con

⁵ ROMERO, J. R. “Viajando sobre recuerdos”, en *Hoy*, (26 marzo 1949), p. 13.

⁶ ROMERO, J. R. *Obras completas*, Porrúa. México, 1979, p. 67.

⁷ NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, *op. cit.* p. s/n.

⁸ LAFARGA, Gastón. *La evolución literaria de Rubén Romero*. México, 1939, p. 5.

su mazo de velas de sebo pendiente de una alcayata; su tramo de cigarros de *La Paloma*, torcidos a mano; el bocal de las patas en vinagre y el frasco empañado por el espeso rompopo”. El Presidente, que era “un joven cacarizo, melenudo, encanijado, que estaba detrás del mostrador, en la humilde tarea de lavar unos vasos”, lo invita a sentarse en el cajón del maíz, mientras llegan los otros miembros. Empezada la reunión, todos declaman sus versos y Romero dice los suyos “de pie sobre las rajas del ocote”. Esta descripción es una muestra de los canales por donde se moverá la percepción de Romero.

El joven Romero, acompaña a su padre a todos los pueblos pertenecientes al distrito de Ario de Rosales. Poco tiempo después, por circunstancias azarosas, Romero y su familia se ven precisados a vivir en otros lugares de Michoacán: Pátzcuaro, primero y luego, Sahuayo. Mientras tanto, sigue haciendo y publicando versos.

Más tarde, lo encontramos en Santa Clara del Cobre, como Secretario del Sub-prefecto Salvador Escalante, con el que tanto Romero como su padre se levantan en armas en apoyo a Madero. La decisión se la comunican los dos hombres en un lugar poco propicio para la heroicidad, al que Romero da el nombre, antiguamente popular, de “común, ese retrete familiar de los pueblos”.

Romero no sólo contempla una realidad antisolemne, sino que participa en ella; lo que es decisivo, en su formación perceptiva: se le ofrecen hechos trascendentales sin formalismos y él los almacena gustosamente.

Breve es la participación de Romero en la lucha armada: apenas una escaramuza con un grupo de soldados no lejos de Santa Clara, y en seguida lo comisionan para que informe desde Pátzcuaro, sobre las posibilidades de toma de esa plaza. Después de haber entrado Escalante en Ario de Rosales y Tacámbaro, llega a Pátzcuaro, precedido por la seguridad que le dan las cartas de Romero, precisamente cuando, Madero triunfa en el Norte del país.

En 1912, Romero es nombrado Receptor de rentas de Santa Clara, y su padre, Administrador en el mismo lugar. Comisionado el joven Romero para representar a su pueblo en Pátzcuaro, ante el grupo que postulaba para gobernador de Michoacán al doctor Miguel Silva, se da a conocer ante ese grupo político con la lectura de unos versos. Cuando el doctor Silva se hace cargo de la gubernatura nombra a José Rubén Romero su secretario particular. Al poco tiempo su padre desempeña el cargo de aduanero en Tacámbaro.

Escasos ocho meses dura la gestión del doctor Silva. Después del asesinato de Madero, Huerta lo obliga a dejar la gubernatura, que fue ocupada, sucesivamente, por tres generales: Alberto Dorantes, Alberto Yarza y Jesús Garza González.⁹ Durante el breve desempeño de los dos primeros –uno duró pocos días y el otro dos meses–, Romero continuó en su puesto de secretario particular, pero cuando el último iba a tomar posesión, tuvo que huir a la ciudad de México, por tenersele como “agitador a sueldo de Silva”. Empieza entonces para Romero y su familia una etapa difícil, ya que también su padre pierde el trabajo.

En esta segunda estancia en México, Romero ya ha dejado en la provincia algunos libros de versos: el primero, publicado en Sahuayo en 1908, lleva como título *Fantasías*, otros dos, en Pátzcuaro en 1912: *Rimas bohemias* y *Hojas marchitas*, y en ese mismo año, otro más en Tacámbaro: *La musa heroica*. Durante su estancia en Morelia, logra cierta popularidad por participar en ceremonias cívicas recitando composiciones suyas. Así, se le encuentra en la inauguración del monumento a Morelos, el 2 de mayo de 1913¹⁰ y a principios de junio de ese mismo año en el teatro de la ciudad, invitado por los nicolaitas para conmemorar el aniversario de la muerte de Ocampo. Los versos que dijo en esa ocasión le valieron el entusiasmo del público y un arresto del gobernador Dorantes, ya que los ataques que contenían contra los asesinos de Madero le dieron al acto, según Romero, el carácter de “un mitin escandaloso”.

Luego que Romero gasta en México despreocupadamente el poco dinero que lleva, decide regresar a Morelia. Apenas llegado es aprehendido y al día siguiente, al amanecer, conducido por un pelotón de fusilamiento para ser ejecutado. Gracias a la intervención de una amiga de la familia, por segundos se libra de la muerte. El historiador Jesús Romero Flores dice que lo confundieron con él; que estando José Rubén Romero en uno de los portales de Morelia fue aprehendido cuando le lustraban los zapatos,¹¹ versión muy diferente a la presentada por el autor en *Apuntes de un lugareño*, esto sucedía en 1914.¹² Lo que ocurrió después parece ser lo relatado en *Desbandada*: Romero desempeña varios empleos. Finalmente, ya sin trabajo ni dinero y con la idea del suicidio rondándole por la cabeza, le ofrecen el traspaso de una tienda en Tacámbaro. Acepta y allí permanece de 1914 a 1918. Este período está lleno de acontecimientos en su vida pública y privada, En 1917, da a la imprenta su libro de

⁹ MACÍAS, Pablo G. *Aula Nobilis*, Ediciones Vanguardia Nicolaita. México, 1940, p. 294.

¹⁰ *Ibidem.*, p. 294.

¹¹ ROMERO FLORES, J. “Mi amistad con J. Rubén Romero”, en *Homenaje a José Rubén Romero*, Cuadernos de Cultura Popular, Biblioteca Michoacana, Núm. 40, Morelia, 1967, p. 11.

¹² CASTRO LEAL, A. Prólogo a las *Obras Completas* de José Rubén Romero, *op. cit.*, p. XIX.

versos, *La musa loca*. Ese mismo año se casa, en Santa Clara, con Mariana Carda.¹³ Además, según asegura Gastón Lafarga, Romero fue “diputado sin asistencia al Congreso Constituyente que dio a México la ley fundamental vigente”.¹⁴ Muchos otros críticos repiten esta aseveración, entre ellos, Gilberto González Contreras,¹⁵ Antonio Magaña Esquivel¹⁶ y F. Rand Morton.¹⁷ Ciertamente, José Rubén Romero no asistió a ese Congreso en su carácter de diputado, pero se debió a que sólo fue diputado suplente por el Segundo Distrito (ciudad de Morelia). El diputado propietario fue el coronel Alberto Peralta.¹⁸

En el mismo año de 1917, al crearse la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo por iniciativa del entonces gobernador de Michoacán, ingeniero Pascual Ortiz Rubio, Romero es designado Secretario de esa Casa de Estudios, cargo que nunca desempeñó. Él mismo da las razones en una entrevista, y recuerda otro puesto que sí ocupó. Dice: “fui Secretario de la Universidad Michoacana al fundarse la institución; pero no tomé posesión del puesto porque don Agustín Aragón, que fue designado Rector, se negó a acatar la Constitución. Después fui profesor de literatura...”.¹⁹

Luego de esa fallida comisión, el mismo gobernador lo nombra, en 1918, su secretario particular y al año siguiente lo envía a México como representante del Gobierno Estatal ante el Gobierno Federal. Este puesto será para Romero el primer eslabón de una cadena de desempeños oficiales y políticos, tanto en el país como en el extranjero. Ese mismo año edita en la ciudad de México otro libro de versos: *Sentimental*, y colabora como periodista en el diario *El Universal*. Gastón Lafarga opina que lo hizo “para favorecer su tarea”, ya que la política de su Estado era opuesta a la política presidencial.²⁰

En 1920 Romero es designado Inspector General de Comunicaciones; en 1921 es Jefe del Departamento de Publicidad de la Secretaría de Relaciones Exteriores; en 1922 edita *Tacámbaro* y en 1924 es Jefe Administrativo de aquella Secretaría, cargo

¹³ WILLIAM O. Coord, *José Rubén Romero*. México, 1963, p. 25.

¹⁴ LAFARGA, G., *op. cit.* p. 37.

¹⁵ GONZÁLEZ C., G. Rubén Romero, *el hombre que supo ver*, edición de la Imprenta La Verónica, La Habana, 1940, p. 26.

¹⁶ MAGAÑA E. “Rubén Romero y su pueblo”, en *El Nacional, Revista Mexicana de Cultura*, Núm. 997, (8 mayo 1966), p. 2.

¹⁷ MORTON, F. R. *Los novelistas de la Revolución Mexicana*, Ed. Cultura, México, 1949, p. 76.

¹⁸ MACÍA, Pablo, *op. cit.* p. 311.

¹⁹ PINEDA, Salvador. “Rubén Romero en su salsa”, en *Revista de Revistas*, (18 oct. 1942) p. s/n. Para el examen detallado de la negativa a que se refiere Romero, *cfr.* Manuel Bernal R. G., *Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*, Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, Morelia, 1980, pp. 77-85.

²⁰ LAFARGA, *op. cit.* p. 40.

que conserva hasta 1930 en que el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, Presidente de la República, lo nombra Cónsul General de México en España; en 1932 publica *Apuntes de un lugareño*, que redacta en España. Nuevamente en México, de 1933 a 1935 ocupa el cargo de Director del Registro Civil; en 1934 publica *Desbandada*. De 1935 a 1937 desempeña otra vez en España el puesto de Cónsul General, siendo Presidente de la República el general Lázaro Cárdenas. Conoce a Rómulo Gallegos en Barcelona y frecuenta las tertulias del Ateneo Español; en 1935 publica *El pueblo inocente*. Ese mismo año ingresa a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente para ocupar el sillón que había dejado vacante Luis G. Urbina; en 1937 publica en España *Mi caballo, mi perro y mi rifle*; el 19 de abril de ese año, en México, la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios le ofrece un homenaje en Bellas Artes. Ese mismo año da a la imprenta *Versos viejos* y se le nombra embajador en Uruguay, comisión que no llegó a desempeñar, por habersele enviado finalmente con el mismo carácter a Brasil.²¹ En 1938 escribe en Río de Janeiro *La vida inútil de Pito Pérez* que publica ese mismo año en México; en 1939 imprime, también en México, *Anticipación a la muerte* y va a Cuba como embajador. El 20 de agosto de 1941 pronuncia su retrasado discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua que lleva como título “Semblanza de una mujer”; el 7 de octubre de 1942, la Universidad Nacional Autónoma de México le ofrece un homenaje en la Sala “Manuel M. Ponce” de Bellas Artes, en el que David N. Arce lee su conferencia “José Rubén Romero, conflicto y logro de un romanticismo”.²² Ese mismo año publica *Rostros*, en donde reúne algunos ensayos y discursos y continúa su labor narrativa con *Una vez fui rico*. En 1943 se le separa violentamente de su cargo de embajador en Cuba por haber pronunciado el 14 de abril de 1943, ante el cuerpo diplomático en pleno, un discurso en defensa de las naciones americanas frente al poderío estadounidense.²³ Sabía el riesgo que corría, así lo reconoció en carta a un pariente suyo.²⁴ En México, según un periodista, “dijeron sus detractores que Cuba se le había subido tanto a la cabeza que le producía sueños bolivarianos de independencia panamericana, sueños de los que había despertado con un cese relámpago”.²⁵ Había sido tan popular y querido en Cuba que, ya cesado, fue despedido por el Presidente de ese país, Ramón Grau San Martín, con un banquete y al llegar a México lo recibieron con aplausos más de 400 personas.²⁶ El 1º de octubre de 1943 se

²¹ MORTON, F. *op. cit.* p. 78.

²² ARCE, David N. *José Rubén Romero, conflicto y logro de un romanticismo*, Gráficos Herber, México, 1952.

²³ Discurso incluido en el folleto *Alusiones a la guerra*, José Rubén Romero, Lex, La Habana, 1943.

²⁴ ROMERO, Salvador. “José Rubén Romero, la oración que no te dije”. *Hoy*, N° 804 (19 jul. 1952), p. 64.

²⁵ “Pito y flautas”, *Hoy*, núm. 406, (2 dic. 1944), p. 19.

²⁶ PULIDO, Marco Antonio. “El hombre que escribió Pito Pérez”, en *Homenaje a José Rubén Romero*, Cuadernos de Cultura Popular, *op. cit.* p. 20.

encuentra en Morelia como Rector Interino de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo “para dar solución al conflicto que en ese centro cultural se había presentado con el desconocimiento del Consejo Universitario y un fallo de la Suprema Corte de Justicia amparándolo”.²⁷ Romero renuncia a ese cargo en los primeros días de marzo de 1944.²⁸ En 1945 publica *Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero* y en 1946, su última obra narrativa, *Rosenda*, que sin embargo, no parece ser la última que escribió: Raúl Arreola Cortés, en un artículo publicado ese mismo año alude a un libro “próximo a aparecer”, que tendría como título *Un viaje al país de los viejos*.²⁹ Ese libro ha permanecido inédito hasta ahora. Tal vez se trata del libro mencionado muchos años antes por Ernest Richard Moore: *Historia de una casa vieja* que debería ser “la historia del solar de sus abuelos” y del que posteriormente parece haber cambiado un poco el título.³⁰

Romero intentó, inútilmente, presentarse como candidato a la gubernatura de Michoacán para suceder al General Félix Ireta Viveros.³¹ Esta intención fue negada por el escritor y, al mismo tiempo, afirmada desvaidamente en un artículo publicado en la Revista *Hoy*.³² A este fallido intento se refirió muchos años después el periodista Antonio Rodríguez.³³

Finalmente, Romero se instala en la ciudad de México, colabora en la revista antes citada y desempeña el cargo de consejero de la Presidencia de la República durante el período de Miguel Alemán. El 14 de junio de 1950 es designado miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua para ocupar el puesto dejado por el poeta Federico Escobedo y trabaja asiduamente en la preparación del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española que se verifica en la ciudad de México en 1951. Muere en esa ciudad de un ataque cardíaco el 1° de julio de 1952.

Estos son los pasos que llevaron a Romero por diferentes caminos de la vida, como punto de partida para asomarse a la interioridad del hombre y de la obra.▲

²⁷ ARREOLA C., Raúl. “José Rubén Romero: vida y obra”, en Hispanic Institute in the United States, Cuba, 1946, p. 39.

²⁸ LÓPEZ V., José Manuel. *Alberto Oviedo Mota, Rector Fundador de la Universidad Michoacana*, Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, Morelia, 1983, pp. 221 y ss.

²⁹ ARREOLA C., R., op. cit. p. 39.

³⁰ MOORE Ernest Richard. “Bibliografía de José Rubén Romero”, en *Letras de México*, núm. 32, 1938, p. 8.

³¹ LÓPEZ, V., José Manuel, op. cit. p. 227.

³² ROMERO, José Rubén ROMERO. “Si yo llegara a gobernar Michoacán”, en *Hoy*, núm. 630 (marzo 1949), pp. 12 y 13.

³³ RODRÍGUEZ, Antonio. “Un hombre del pueblo”, en *Hoy*, núm. 803 (12 julio 1952), p. 18.

Grande de la novela, señor de la picaresca

José Pagés Rebollar

I. Mi oso



En mi cuarto de trabajo tengo un oso de peluche, Sentado sobre sus patas traseras, altiva la cabeza, el ombligo a punto de estallar de tan gordo, preside desde un estante mi pequeña biblioteca. Al levantar la vista, mientras escribo, sus ojos burlones, enigmáticos, se encuentran con los míos y me sonrío. Es el único juguete que conservo de mi niñez. Lo conservo como un amuleto de la buena suerte, como una presencia humana que quiere darme lecciones de humildad sin conseguirlo.

Un hombre raro, extraordinario, me lo llevó una tarde a casa, en Ignacio Mariscal, al cumplir yo un año de edad. Más tarde me contaba, como se cuenta un cuento de Navidad, la historia de mi oso. La imagen de ese hombre quedó grabada para siempre en mi recuerdo y su presencia física la tengo allí en el altar de mis libros, porque el hombre y mi oso llegaron a ser en mi imaginación, la misma cosa, el mismo personaje, el mismo espíritu.

Ese hombre era don José Rubén Romero.

Yo conocí más tarde la verdadera historia de mi oso, no aquella que él me contó de niño, adornada con aventuras heroicas en las estepas rusas y que yo escuchaba azorado, mientras cabalgaba en sus rodillas de Sancho. Esta otra historia es menos alegre, si bien más humana.

II. ¡La gloria!

Ezequiel Padilla, Canciller de México, había cesado a José Rubén Romero como Embajador de la Habana por supuestas declaraciones antiyanquis en tiempos de guerra:

“Nosotros somos los buenos; ellos son los vecinos”.

Fue todo lo que dijo.

Pero al diamante negro de la diplomacia de Ávila Camacho le pareció un sacrilegio. Y aquella tarde, desde la escalerilla del avión que lo trajo de Cuba, José Rubén creyó que había llegado la hora de la venganza contra el hombre que lo había humillado:

“Padilla –dijo–, me ha despojado de mi puesto de Embajador. Puede quitarme también la libertad. Pero hay algo que el señor Ministro no podrá quitarme nunca y es ¡la Gloria!”

Pagés Llergo, que se hallaba a su lado, le reclamó sus palabras:

“¡Eres demasiado soberbio!”, le dijo. “Es demasiada vanidad hablar así de la gloria...”

Pero Rubén lo atajó:

“No, Pepe: la Gloria es una cubana que traigo aquí en el avión. ¡Esa no me la quita nunca!”

Todavía eran tiempos de política brava y un golpe se respondía con otro a cuerno limpio:

“Voy a satisfacer un viejo anhelo de Padilla, porque lo voy a convertir en blanco... ¡de mis ataques!”

III. La angustia

Una noche llegó don Rubén hasta la dirección de *Hoy* en las calles de Jesús Terán. No es que estuviera derrotado, pero sí abatido. Sus amigos se le habían ido con el puesto diplomático y sus resistencias –económica y física– se le iban agotando. Quería, le urgía, una tribuna para expresarse, una posición desde la cual pudiera hacerse presente y responder a la ingratitud. Manirroto, disipado, bohemio en el mejor sentido del término, carecía de los medios para soportar un tren de vida que durante años había proporcionado a los suyos: toros, frontón y comida en Prendes los domingos:

“Prefiero morir a dar la impresión de que soy un fracasado...”

“Es poco lo que puedo darte –le dijo Pagés Llergo– pero en *Hoy* tienes un medio para hacerte oír y mil pesos semanarios, escribas o no escribas”.

Aquella misma noche cobró y al día siguiente –6 de enero– se presentó a la casa de mis padres cargado de juguetes que tenían un precio muy superior al que había obtenido por su primer artículo. Entre esos juguetes estaba mi oso de peluche.

Hombre de recursos, Señor de la picaresca, me cuentan que por esos días envió a su amigo, el licenciado Alemán, una colección de sus últimos libros: *Rosenda, Mi caballo, mi perro y mi rifle, Pito Pérez, Anticipación a la muerte*.

El ex Presidente agradeció el envío con una pequeña libreta con billetes de mil pesos. Don Rubén le respondió con una carta:

“Querido amigo: le doy las gracias, pero estoy en espera de sus obras completas”.

IV. ¡Un duelo!

Nativo de Cotija, un pueblo de Michoacán que a principios de siglo inundó la República de mercaderes, Sancho redivivo, cazarro, astuto, su anecdotario podría llenar un grueso volumen de la picaresca mexicana.

Sus viejos amigos recuerdan que cierta vez, en Morelia, un capitán del ejército lo retó a duelo porque el joven estudiante “le estaba haciendo la tambora de lado con su vieja”. A las palabras gruesas, el militar cruzó su guante por la cara del muchacho a la usanza de los viejos folletines franceses, echo mano a su cartera y le entregó su tarjeta de visita:

“¡Soy el ofendido –le dijo– y escojo el arma: con pistola, a veinte pasos!”

Aquello era un desafío a muerte.

José Rubén buscó ansiosamente entre las bolsas de su saco, siempre llenas de dulces y antojitos. Encontró al azar una tarjeta y se la entregó, tembloroso, al capitán. ¡El duelo estaba concertado!

Pero amigos comunes maniobraron para evitar aquel asesinato:

“Son puros chismes... el muchacho es bueno y estudioso, incapaz de una trastada de éstas...”

La paz se hizo y para celebrarla, esa tarde hubo jaleo en la cantina con asistencia de todos, los padrinos. Rubén pensó que era oportuno pronunciar un pequeño discurso:

“Aquí está su tarjeta, mi capitán y me alegra tener ahora por amigo a un bravo y ameritado defensor del pueblo”.

La tarjeta decía:

Cleofas Sánchez

Capitán del Ejército Constitucionalista.

El capitán, en respuesta, buscó la tarjeta que le había entregado José Rubén, pero antes de entregada quiso conocer el nombre de su nuevo amigo. La leyó. Decía:

Esther

Masajista.

V. ¿Plagiario?

En rueda de amigos, allá en su casa de la Plaza de Río Janeiro que era un templo de la amistad y del buen comer, gustaba de contar esta anécdota:

Cuando el General Obregón llegó triunfante a Morelia, las autoridades le organizaron un homenaje en el que iban a participar los niños más aventajados de las escuelas.

Rubencito fue designado para recitar un poema de su propia cosecha. Fue un canto a Morelos y a su gesta. Al terminar, la sala estalló en vítores y aplausos y el manco de Celaya llamó al pequeño supuestamente con intenciones de felicitarlo. Pero no fue así:

“Mira, muchacho: eso que acabas de recitar no es tuyo. Ya lo conocía”. Y Obregón fue repitiendo, palabra por palabra, los versos que acababa de escuchar:

El niño rompió en llanto:

“Es que anoche hice esta poesía, señor”.

Obregón lo abrazó con cariño:

“No hagas caso. Es que mientras tú la decías, yo la iba memorizando. . .”

Y contaba también que en tiempos del Maximato, en las jugadas de poker que se organizaban en Cuernavaca, el General Calles preguntaba a sus compañeros:

“¿Qué tienes, Abelardo?

Par de reyes, mi General.

¿Y tú, Rubén?

Tercia de cincos.

Y entonces el General se echaba sobre el monte y sin mostrar sus cartas decía:

¡Perdieron, muchachos: yo tengo corrida al as!”

Años más tarde, al regresar de su exilio de San Diego, las jugadas se reanudaron en la casa de Torreblanca:

“¿Qué traes, Fernando?

Dos pares, mi General.

¿Y tú, Rubén?

Yo tengo tercia de cuinas.

Mala suerte, muchachos: yo tengo flor.

Pero al lanzarse sobre las fichas, Rubén lo detuvo:

¡Con ver basta, mi Genera!”

Eran otros tiempos...

VI. Olvido

Es posible que su vigorosa personalidad humana hiciera olvidar sus calidades de escritor profundamente mexicano, sencillo hasta la ingenuidad. Pero deben existir también otros motivos groseros para explicar el hecho de que un novelista de su estatura no ocupe el sitio a que tiene derecho. Quizá porque no vivió en tiempos de la mafia, quizá porque no buscara el aplauso por complicidad. Amado Nervo por “curisi” y Díaz Mirón por “bronco” y por “plebeyo” no son santos de la devoción de la crítica exquisita. José Rubén Romero no centró en París los temas de sus enredos ni recurrió a los profetas de las nuevas teorías para adornar sus cuentos, cosas imperdonables en un intelectual a la mexicana. Su éxito, en su tiempo, fue su sencillez, su claridad, porque no usó palabras ni elaboró ideas que un lector de mediana cultura no pudiese entender y digerir, a la inversa de la moda del “boom” donde la complicación lleva a la tortura y la masturbación literaria fija a medida del talento. Estilo que trasciende a la pintura y al cine para complicar más la vida de generaciones aturcidas por el ruido, por el tránsito y por el “smog” pestilente de una “inteligencia” que quiere guiar, confundiendo, enloqueciendo.

No hay un jardín, un rincón de esta capital que recuerde a un hombre que habló al mexicano en su propio idioma y que lo deleitó elevando su generosidad, su agudeza y su picardía a niveles universales.

En cambio. . .▲

Breve historia de mis libros

José Rubén Romero

Palabras leídas en el *Lyceum y Lawn Tennis Club* de La Habana, el 28 de abril de 1942.



Señoras y Señores:

Unas damas muy respetables de la directiva de este Lyceum, me pescaron con las redes de su simpatía y me hicieron prometerles una charla para el 28 de abril, a las seis de la tarde. Estamos en la fecha señalada y yo ante ustedes, dispuesto a cumplir mi promesa.

Dicen que la memoria es la inteligencia de los tontos. Abusaré de la mía, para contar a ustedes cómo nació a la vida literaria un escritor mediocre. Pero debo ajustarme al título que en el programa se le dió a esta pseudo conferencia: “Breve historia de mis libros”.

Yo no soy una celebridad y cuanto pueda contarles de mi persona carecerá de importancia. Los jóvenes sienten interés por la vida de los artistas jóvenes; los viejos por las cosas profundas, pero nada inspiramos los hombres que vivimos en el anónimo.

Si un actor del cine o del radio, que son los que privan ahora, relatara ante una multitud su vida íntima –cómo se baña, cómo se afeita, o cómo aprendió a bailar la conga– engazaría con el hilo tenue de su palabra un rosario de corazones femeninos, pero yo jamás impresionaré a un auditorio confesándole el pavor que experimento cuando, delante de un espejo, tengo que rasurarme. ¿Adivinan ustedes por qué? Pues porque me asusta mi propia fealdad y la expresión de mis ojos que pretenden leer mis más recónditos pensamientos.

Un biógrafo amigo –Gastón Lafarga– asegura que desde la infancia comencé a hacer versos y se basa para decido en unos viejos papeles que mi madre le entregó y de los que arrancó unas estrofas chabacanas que publicó en *La evolución literaria de Rubén. Romero*.

He aquí algunas de las gracias chocantes de un niño precoz:

“Mi borreguito tiene lana,
plumas de oro el colibrí,
rayos brillantes la mañana
y yo, mamá, te tengo a tí.”

Quizás posterior a esta estrofa haya sido la siguiente:

“Tengo soldados de plomo, un tren que corre ligero,
una yegua y un palomo
y hasta un pantalón de cuero.
¡Pudiera ser altanero!
Mas si preguntan qué quiero,
respondo sin vacilar:
a mis padres y a mi hogar.”

Mi padre, justamente alarmado, recomendó a mi madre que me quitara de hacer versos porque los poetas, según él, eran seres muy desgraciados.

Comenzaron en casa a corregirme la manía de versificar, en el mismo tono en que me decían que no me llevara el cuchillo a la boca o que no me hurgara las fosas nasales con los dedos. Debo confesar, sin embargo, que mi padre erró en su aseveración, pues las pocas desgracias que he padecido no me las acarrearón los sonetos ni las elegías. En cambio, ¡desgracia, y bien grande, ha sido la de mis lectores, y la de aquellas novias provincianas que recibieron promesa de matrimonio en ripios que el viento se llevó! Pero a fuer de caballero honrado debo decir que una vez, una sola, mis versos me trajeron desdicha: el cese en un empleo de Gobierno por haber contestado una nota de mis superiores con dísticos altisonantes, y como no todos los hombres saben apreciar lo que cuesta buscar consonantes para las palabras que se usan en la curia, mis jefes determinaron separarme de mi puesto, dejándome la oportunidad de que mis relaciones con las musas se estrecharan.

Enseguida dictaré las fichas de mi bibliografía, quizás sin la seriedad de un bibliófilo de profesión:

Fantasías

Vivía yo en Sahuayo Michoacán, allá por el año de 1908, con mis 17 años auestas, plenos de melancolías y de suspiros a la luna, sin otro trabajo que atender, que el de encontrarle consonante a la palabra indio.

Por las noches solía sentarme en un banco de la plaza y aislarme de las gentes, soñando con los ojos abiertos, en cosas nunca vistas. Hasta mis oídos llegaba el manso ruido de un regato, tan débilmente, que parecía un enfermo haciendo gárgaras. Ampliando dentro de la imaginación el chorro cristalino del agua, elaboré mi primer libro –*Fantasías*– compuesto de sonetos endecasílabos y sonetillos de ocho sílabas, en los que cantaba al mar, narrando todas sus bellezas. ¡Sus bellezas, que no conocía!

Así amasé, en revuelto consorcio, lobos marinos fumando su pipa, velas latinas, fenicias, romanas, y gaviotas, muchas gaviotas, rima obligada de playas remotas.

Se imprimió este libro en la Imprenta de don Estanislao Amezcua, en papel ministro rayado, por no haber en el pueblo de otro tipo, y el único ejemplar que poseo, duerme, quizás mareado aún con el vaivén del oleaje, en la vieja bolsa de terciopelo en donde mi madre guardaba sus documentos, más preciados.

La musa heroica

Tacámbaro, 1912. Imprenta Carrasca. Colección de poemas patrióticos en donde se apura hasta el último consonante en Hidalgo y en Morelos. Y como la fuerza de él obliga –me refiero al consonante– hago correr al enemigo como un galgo para que rime con el apellido del padre de nuestra Independencia.

¡Cómo recuerdo aquel bullicioso 16 de septiembre, en el teatrillo Salgada de la ciudad de Tacámbaro, en donde las manos finas de una bella dama pusieron sobre mi frente una corona de oropel, digno galardón a mis octavas patrióticas!

La musa loca

Morelia, 1917. Ya fue un libro serio. En su prólogo, mi respetado amigo don Agustín Aragón, comparábame con Roa Bárcena por aquello de haber sido ambos

comerciantes al par que poetas. “Rubén escribe sus versos —dice el maestro Aragón— mientras despacha la manteca y los frijoles.” No es de extrañarse, pues, que mi poesía de aquella época resultara tan sustanciosa y, quizás por esto, la edición se agotó, aquella edición hecha en los Talleres Gráficos de la Escuela Industrial de Morelia, e ilustrada con un retrato mío, de medio perfil, bigote incipiente y muy lucidor de una mata de pelo, “que se fué para no volver”, como dice el verso de una rumba clásica.

En *La musa loca* toqué todos los instrumentos, desde la “ciringa agreste” de Darío, hasta la Trompeta del Juicio Final. Y si no convencí con mis versos, no fué precisamente por falta de estrofas, pues poema hay en este libro que tiene tantos rengloncillos cortos como “La araucana”. *La musa loca* dióme cartel como bardo de provincia, y menudearon los pedidos, a tal grado, que en la *Antología de poetas michoacanos*, Jesús Romero Flores me recomienda que deje de hacer discursos en verso para bodas, bautizos y defunciones.

Mi “Brindis de Covadonga”, que aparece en este libro, valióme una buena medalla de oro que tuve que vender a un prestamista judío por cincuenta pesos. Si el amor se subasta, ¿por qué no se ha de traficar con la gloria?...

La edición de *La musa loca* se vendió totalmente, con gran sorpresa del autor, en la Librería de Gassió. Por ello, mi vanidad tuvo un ras y sus olas salpicaron a toda mi familia, pero con el transcurso de los años descubrí el secreto de aquel éxito literario. Una mujer que me amaba compró todos los libros, uno a uno, desde la sombra discreta de su modestia, y cuando ella murió, se hallaron los ejemplares polvorientos y tristes escondidos dentro de un cajón, que fué para mis versos como un féretro hecho a !a medida.

Sentimental

A instancias de un amigo generoso —Pascual Ortiz Rubio— publiqué *Sentimental* y él pagó la edición, que se hizo en los Talleres Gráficos de Herrero Hermanos, en el año de 1919. Rebañé los cajones de mi escritorio para forjar un libro de saldos literarios, que ilustró Barrón con retratos de las personas aludidas en los versos y con paisajes evocados tan románticamente que se adivina la presencia del bardo de melena y de corbata de mariposa.

Ninguno de mis libros ha sido esperado por mí con mayor entusiasmo que *Sentimental*. Yo no salía de la imprenta mirando con paternal ternura tirar los pliegos, doblarlos y

coserlos. Busqué por todos los rincones de México las telas más vistosas y las pieles más finas para envolver al niño recién nacido; gratifiqué a los operarios, a fin de que se apresuraran a entregarme los primeros ejemplares y con ellos muy cerca del corazón, corrí presuroso a encerrarme en mi cuarto para palparlos a mis anchas, para oler su tinta, fresca aun, como si se tratase del perfume más delicado y para acostarme leyendo una vez más mis versos, con el recogimiento de un sacerdote que repasa las hojas de su breviario. Todos los periódicos recibieron el regalo de un ejemplar; pero ninguno publicó una crítica. Durante largo tiempo compré diarios y revistas, buscando afanosamente mi nombre, sin encontrarlo por ninguna parte. Sonríe ahora mi tristeza de entonces y pienso con simpatía en esos jóvenes ruborosos que van a las redacciones con su primer librito de versos debajo del brazo, que nadie leerá y que está condenado a ser vendido, como José por sus hermanos, en un puesto de libros viejos. De tales hospicios he rescatado algunos ejemplares de *Sentimental*, que ahora se ocultan humildemente detrás de mis otros libros más afortunados.

Tacámbaro

1922. El peregrino ingenio de José Juan Tablada impuso en México la moda del Hai-Kay. Alguna vez he referido la historia de este pequeño libro hilvanado de prisa, pero copioso de sinceridad. En su prólogo hízome decir Genaro Estrada que yo seguía las huellas de Jules Renard. Ahora voy a hacer, delante de ustedes, una rectificación: por aquel entonces no había leído a Jules Renard, pero no quise confesarlo porque me pareció un crimen de lesa cultura. Con *Tacámbaro* obtuve un éxito literario y otro político. Por primera vez las revistas de México se ocuparon de mí; alcancé la sonrisa protectora de algunos críticos; me escribieron Gabriela Mistral y Díez Canedo, y después, Gutiérrez Cruz me llamó su “maestro”. El éxito político consistió en que un Presidente de la República –Álvaro Obregón– aprendiera mi libro de memoria, parodiando mis versos ingeniosamente. Lástima que tales parodias no puedan repetirse aquí porque barrenarían los oídos de la concurrencia, que supongo castos. Contaré, además, para confirmar nuestra ingenuidad pueblerina, que un primo mío, después de leer una estrofa que dice:

Buscando huevos de gallina

por los rincones del granero,

hallé los senos de mi prima

escribíome, indignado, preguntándome a cuál de sus hermanas me refería.

Sobre el éxito pasajero de prensa, a pesar de la burlona sonrisa de los críticos, y por encima del Presidente que bajó de su pedestal para sentirse un momento poeta, ha de vibrar con su verdad eterna, una de mis estrofas, y en la boca de los pobres será grito de rebeldía, y en mi pecho será siempre bandera revolucionaria:

Pasan las ovejas cubiertas de lana;

el pastor las sigue, desgarrado y mudo.

A ellas, Dios las viste;

al pastor el amo lo deja desnudo.

Apuntes de un lugareño

1932. Mi primer libro en prosa fueron los *Apuntes de un lugareño*, que: dicté en Barcelona, ausente de la patria, recordándola a toda hora. De los desvanes oscuros de mi memoria fuí extrayendo recuerdos de infancia, ropas raídas por la miseria, prendas inútiles, retratos cubiertos de polvo, miniaturas de mujeres rotas por el olvido y paisajes arañados por la mano cruel del tiempo. Al evocar estos años de mi vida, tan lejos de mi pueblo, emocionándome profundamente, pero no me interesaba describirlos. Quería pasar por ellos de prisa, para llegar a los capítulos de las ingratitudes políticas y desahogar la amargura de mi destierro. Entonces, de un soplo apagué las lámparas que ardían en el altar de mis más caros afectos y que, sin merecerlo, iluminaban los retratos de todos mis amigos desleales.

Entre las cuatrocientas páginas que yo dicté de los *Apuntes de un lugareño*, hay solamente dos escritas de mi puño y letra. Yo quería dedicar a mi abuela un canto emocionado y resultó un modelo de cursilería.

Júzguenlas ustedes y sonrían sin disimulo, que no me ofenderé por ello:

¡Abuelita, no te mueras, reanímate y anda, que en el corredor te espera tu silla de tule, tu petate primorosamente trenzado con las más finas palmas!

¡Abuelita, sigue rezando tu interminable novena y peinando el surtidor de tus canas, mientras en el durazno juega la chuparrosa y las rosas se paran de puntitas para oler el perfume del pan, que está cociendo la china Paula!

¡Nunca nos contaste un cuento, como las clásicas abuelas de los cuentos, pero tu propia vida era para nosotros la leyenda más preciada, con tus bodas y tus tornabodas, tus vestidos de cachemira, tus túnicas de brocado y las trece onzas de oro de tus arras!

¡Abuelita, no te mueras, que mi madre parecerá más vieja si tú le faltas!

¡No te vayas, que no más reñiré contigo, ni mi hermana te esconderá el bastón y tú podrás hacer lo que te plazca!

¡No te vayas, decía mi boca junto a su negra caja, desprovista de abullonados y de abrazaderas de plata!

¡No te vayas, decían mis ojos al verla bajar por la calle, pendiente y estrecha, entre las bugambilias de las bardas!

¡No te vayas, decían mis oídos, al oír sobre el ataúd el irreverente golpe de la pala!

¡No te vayas, decía mi pensamiento, al mirar en la noche serena, la blanca pupila de una estrella pálida!...

Desbandada

México, 1934. Es una sucesión de cuadros que conservé en la memoria fidelísimamente, como un recuerdo de los cinco años que viví en Tacámbaro, generosa y dulce tierra de promisión. Mi vida allí fué buena. Amáronme los pobres y yo aprendí, desentrañando su dolor, a compadecerlos y odiar a todo aquel que esgrima un látigo, ya sea dentro del cuartel, dentro de la fábrica, o en la obscuridad del cuarto. Paseé gallardamente por todas las calles del pueblo con mi guayabera de dril; conversé tanto con los peones de las fincas cercanas, que los amos les prohibieron hablar conmigo; fui corruptor de disciplinas, predicador de libertades, y como premio grande y generoso a estos actos de “hombre de bien”, abriéronse a mi paso todas las puertas de las casas humildes y todas las manos tuvieron para mí la miel de una fruta y el aroma exquisito de una flor.

Tacámbaro engendró dentro de mi corazón todas las páginas de *Desbandada*, y en mi corazón durmieron muchos años, hasta que salieron espontáneamente y sin que yo las obligase a dar un paso fuera de mi pecho.

El pueblo inocente

México, 1935. *El pueblo inocente* es, quizás, de mis libros, el que tiene mayor material autobiográfico. Yo fui ese Daniel alegre y juguetón, aunque ahora, calvo y ventrudo, ya no lo parezca. En cuanto a don Vicente, existió de carne y hueso, su boca desdentada dióme profundas lecciones para bien vivir, y siempre me regaló con las picantes golosinas de su ingenio.

Recuerdo que una vez me condujo hasta el corral de mi casa y allí me dijo:

-Oye, niño, este recitado:

El corazón de una dama

dicen que lo tengo... y no.

El corazón sin el resto

¿para qué lo quiero yo?

Tan fiel escudero me salvó con su socarrona malicia de caer en la trampa de una mujer ladina, que tentaba mi lujuria con sus senos erectos y los ponía al alcance de mi mano para que yo, a mi vez, los tentase...

Mi caballo, mi perro y mi rifle

Barcelona, 1936. *Mi caballo, mi perro y mi rifle* es un libro cuyo título parece un inventario, pero no lo es. Es la historia triste de un hombre apesarado por todas las amarguras quien, como dice José María González de Mendoza, por no haber obtenido nada de la vida, todo lo envidió.

Hay también en este libro páginas autobiográficas; perseguido por un Gobierno, lloré y velé la muerte de un pequeño hijo mío desde la angustiosa penumbra de un terrado; y así se fué de este mundo aquel gordinfloncillo querubín sin que mis manos pudieran acariciarlo, ni acomodado suavemente dentro de su cajita blanca.

Don Federico Gamboa, en cierta ocasión, hizo la crítica de *Mi caballo, mi perro y mi rifle*, diciéndome:

-Cayó usted en un tema poco original, en el de hacer hablar en su libro a los animales.

-Es verdad, reconozco que la idea es vieja, pero los hombres en la actualidad ya no hablan, se dedican a beber, a bailar, y a jugar al tenis.

Los temas filosóficos ya no les interesan, hay que ponerlos, pues, en boca de los animales, que no siguen el ritmo de la vida moderna.

El mundo ha evolucionado hacia lo material y los pueblos que viven con más confort, quizás sean los que más se descuiden de ciertas materias abstractas.

Todos los pobres son catedráticos de filosofía en esa asignatura cotidiana que se llama: dolor humano.

El dinero nos lleva a especulaciones de otro tipo, alejadas de la metafísica.

No resisto la tentación, muy dentro de mi estilo, tan inclinado a lo escatológico, de contar a ustedes una anécdota que pudiera reflejar la estructura de la vida moderna.

Viven en la ciudad de Nueva York y despachan en el mismo bufete, el abuelo, el hijo y el nieto, quienes siguiendo una costumbre muy de su país, se alejan de la ciudad para pasar los fines de semana. Una misma taquígrafa atiende a los tres magnates, y los lunes les pregunta invariablemente cómo les fué de *week-end*.

El nieto, de 25 años, le contesta, –silbando despreocupadamente: nadé, patiné, bailé, bebí y amé...

El padre, de 45 años, responde con la satisfacción reflejada en el semblante: jugué golf dos tardes seguidas, hice 36 hoyos, y descubrí en lo más alto de una montaña un restaurante delicioso. ¡Qué langosta y qué pastel de manzana!...

El abuelo, de 70 años, contesta con una placidez de santo: fumé mi pipa, tomé mi sal de frutas y defequé muy bien...

Cada edad trae aparejado su propio placer, pero los deportes, la comida, y la sal de uvas, no responden a las inquietudes de un espíritu torturado por el Arte.

Versos viejos

México, 1937. *Versos viejos* forman un volumen que ha servido solamente para agregar un tomo más en la colección de mis obras. Muy pocas personas lo adquieren comprándolo, y yo rehuyo el obsequiarlo a mis amigos, para que no recuerden que en una época lejana hice versos.

Con el tiempo, los hombres nos avergonzamos de haber producido cierto tipo de poesía rimada; se necesita una gran vocación para llegar a viejo con la lira a cuestas. Todos hemos versificado en la juventud y al llegar a la madurez o a la culminación de una carrera universitaria, el camino se bifurca y del poeta surge el historiador, el ensayista, el novelista o el filósofo. ¡Qué pocos hombres han tenido el valor de renunciar a una profesión lucrativa para dedicarse por entero a los versos, mostrando el contraste entre una cabeza nevada por los años y un corazón lleno de trinos juveniles! En estos instantes recuerdo a Enrique González Martínez, el mejor poeta de México, quien prefirió ser siempre poeta que médico eminente.

En *Versos viejos* hay algunas estrofas que desentendiéndonos de su forma imperfecta, contienen cierto sentido profético. Al mediar el año 1936, hice un viaje en el *Normandie*, el gran trasatlántico francés, y la víspera de llegar a Nueva York, rogaron que yo dijera unas cuantas palabras en la cena que el Capitán ofrecería a los pasajeros.

Sobre la carta de la comida escribí estos renglones que leí ante la indiferencia de un público que, felizmente, no me comprendió:

Normandie, me maravilla

Tu fábrica hecha de primores

en donde el oro, altivo, brilla

y el mármol se deshace en flores.

Pero en las parvas de Castilla

han muerto todos los pastores...

Bajo tu clara luz feérica
cantan y ríen los marineros,
baila una “miss” su danza histérica
y beben ahítos los viajeros.
Pero en los montes de mi América
se mueren de hambre mis rancheros...

Desde tu proa hasta tu popa
todo cautiva y nos divierte.
El mar semeja una ancha copa
donde el champán se espuma vierte.
Pero en las playas de tu Europa
aúllan los perros de la Muerte...

¡Huye, Palacio de Aladino,
mira que Diós está iracundo
al ver tu loco desatino,
y en este piélago profundo
van persiguiendo tu Destino
todas las lágrimas del mundo!...

Mis palabras cayeron como una maldición sobre el lujo insultante de aquella nave y sobre la paz equívoca de un Continente que ahora desgarra la furia de una guerra, de la que aún no se distingue el horizonte.

La vida inútil de Pito Pérez

Salté a la Academia de la Lengua por una ventana que me abrió *El pueblo inocente*, e imaginándome que mi estilo no encuadraba con tan respetable institución, me dediqué a la tarea de hurgar en los Diccionarios para escribir palabrejas pegadas con mastique, de esas que no llevan ninguna emoción interna, ni responden a ningún sentimiento, ni vibran con ninguna inquietud.

En todos los idiomas hay vocablos muertos y vocablos vivos; palabras alegres y palabras tristes; palabras soberbias y palabras humildes, ásperas y suaves, aristocráticas y plebeyas. Es alegre, por ejemplo, la palabra *color* que sugiere la visión de las cosas con vida. Es triste la palabra *romance* que nos hace pensar, no sé por qué, en la ausencia; es áspera la palabra *nunca*, parece que se interpone como una muralla entre nosotros y nuestro destino. Humilde es la palabra *gratitud* y con oírla se despierta nuestra confianza. Es plebeya la palabra *ahíto* y, sin embargo, está en contradicción con el pueblo que sólo vive harto de penas. La palabra *silueta* nos inspira ideas elegantes, finas; cruzan por nuestra mente mujeres rubias, que envuelven en gasas sutiles su carne de porcelana.

Hay palabras que tienen un alma y otras que no pasan de ser simples trazos de caligrafía. Pronunciamos, por ejemplo, la palabra *libertad* y se nos llena la boca, como si con el hecho de decirla nos esforzáramos lo suficiente para defenderla o para conquistarla.

¿Por qué, pues, algunos académicos emplearán palabras complicadas para decir las cosas más simples?

Estas disquisiciones vienen a cuento de que, como ya dije, una vez me sentí académico y preparé con suma paciencia un libro pesado y confuso.

Vivía yo en Río de Janeiro y frecuentaba el trato de Hernández Catá, entonces Ministro de Cuba, a quien cierto día, después de un copioso almuerzo, le leí unas páginas inéditas. El gran Alfonso comenzó a escucharme sonriente y acabó dormido bajo la obscura arquería de mi prosa de piedra. Esa noche rompí el original sin el menor remordimiento y volví a ser yo, el mal pensado de siempre, el mal hablado, el refranero,

el zafio, ¡pero yo!, con mi prosa que, quizás huela a establo, pero que hace reír o llorar a los pastores y a los mesoneros.

Y para situarme en el corazón de mi parroquia y corresponder al favor de mis viejos lectores, me puse a hilvanar de prisa, en unas cuantas noches de velada, *La vida inútil de Pito Pérez*, ese personaje medio real, medio ficción, que he clavado en mi sementera como un espantapájaros para que no vengan otros gorriones a comerse el poco trigo de mi fantasía.

Pito Pérez existió. Aun se descubren por los caminos de Michoacán las huellas de sus zapatones; aun vibran en las calles de Morelia las campanas que pregonaron su triunfo y su derrota. En mi libro, las travesuras regocijadas fueron de él; la tristeza de su vida es toda mía. De él, los donaires y el ingenio; de mí, la rebeldía y la audacia de llamar a las cosas por su nombre y de dar a los hombres su intrínseco valor.

Pito Pérez se ha servido de mí, y yo he abusado de Pito Pérez. El, desde la eternidad, me dió su vida para que yo la contara como un divertimento agradable. ¡Y qué hice con tan inocente legado! Servirme de Pito Pérez para gritar por su boca mis propios sentimientos, para llamarle ladrón al rico, déspota al gobernante, avieso al cura, tornadizas a las mujeres y noble y generoso a Nuestro Señor el Diablo. Cierro los ojos y veo pasar a Pito Pérez, como una sombra melancólica. Va envuelto en sus mismos harapos y mueve la cabeza con pesadumbre, como si me dijese:

“-¿Y qué he ganado yo con sus blasfemias y el mundo con tus rebeldías? Los ricos ultrajan como siempre al pobre y éste, como una paradoja increíble, para poder vivir, sigue dejándose matar por cosas que no le incumben ni le interesarán nunca. Y una interminable procesión de Pitos Pérez viene detrás de mí, cargando con el alma muerta y llevando a rastras la carroña del cuerpo, como un barco desarbolado. ¡Tú pretendiste hacer mi vida inútil, y lo que has hecho es inútil mi muerte!”

Pito Pérez está en lo justo y yo me avergüenzo de haber prolongado su vida, para irrisión de las gentes, en un libro que el tiempo se encargará de matar...

Anticipación a la muerte

México, 1939. *Anticipación a la muerte* es un viaje a ultratumba con billete de ida y vuelta, porque de otra manera no hubiera yo podido contar lo que ví detrás de esos prados azules en donde pacen las estrellas.

Un deleite morboso indújome a escribir estas páginas, como espectador de mí mismo, en el proceso de descomposición de mi carne. Y sentí el tránsito plenamente, desde la repugnancia de los gusanos que invadían mi cuerpo, hasta la desesperación angustiosa de dejar a los míos. Sin embargo pude corroborar que la Muerte no es tan temible y que así como podemos ir a ella con sólo quererlo, también podemos regresar de ella, como yo lo hice.

El libro tiene una honda sinceridad y, al escribirlo, sentí realmente el frío de lo ignoto, y la presencia augusta de mis muertos que calentaron mi espíritu aterido, con la brasa de su eterno amor.

Confieso que me faltó el aliento divino de Dante para subir al cielo o bajar al infierno, y el libro, muy a mi pesar, tuvo que acabar allí: en la tumba. Me faltó el atrevimiento de situarme entre los elegidos o el valor de condenarme con los réprobos, porque a pesar de los años, todavía no puedo discernir lo que soy y sigo definiéndome con la estrofa final de mi *Tacámbaro*:

¿Soy bueno? ¿Soy malo? Yo no me lo explico,

amo a Don Quijote y sigo a Sancho Panza;

la virtud invoco cuando el mal practico,

pero a veces siento que me purifico

en la propia hoguera de mi destemplanza.

Después de haber publicado *Anticipación a la muerte*, yo ya soy, para los locos, otro loco; para los teósofos, otro teósofo; para los contumaces, otro contumaz; para los muertos, otro muerto y, por lo tanto, ya hiedo.

Entre libro y libro, he fastidiado a los públicos más heterogéneos con discursos de conmemoración –¡discursos, digo!– hablando de las cosas y de los seres más disímbolos: de la música de Agustín Lara, de las batallas de Bolívar, del carácter de Washington, del brazo trunco de Obregón, de la generosidad de Miguel Silva y de la vida humilde de mi madre, ya muerta, a quien todas las noches saludo con las místicas palabras que sirven para rezarle a María:

Torre de David,

Arca de la Alianza,

Puerta del Cielo,

Estrella de la Mañana...

Y, como por pereza, no indago nada en los papeles de la Historia, todos mis discursos –¡discursos, digo!– se parecen unos a los otros en su técnica lírica, de manera de que, cuando me refiero a Obregón, parece que hablo de Bolívar y cuando cuento las grandezas de Washington, se puede suponer que estoy haciendo el panegírico de una tía mía.

Como no soy un orador fácil –ya ustedes lo estarán notando– tengo que apuntar las cosas en un papel, y a pesar de esto, he sufrido mis buenos chascos leyendo un documento por otro.

En el sepelio de un amigo trastorné los papeles y en lugar de la elegía, declamé los versos que pensaba dedicar a una novia:

“Sueño que tienes un lunar oculto

como una marca entre tus senos presa...

¡Todavía no me perdonan la equivocación las hermanas del muerto!

Una vez, conversando con Jesús Urueta, el magnífico tribuno mexicano, le rogué que me diera un consejo para adquirir dotes oratorias, y él me respondió: estudie usted a Coquelin, consejo que no he podido aprovechar porque no tengo aptitudes para dedicarme a la escena. Mi artificio no llega a tanto.

Yo no puedo cantar mis cláusulas vestido con la túnica blanca de Berta Singerman, ni utilizar para que me dé el tono, al flautista de los Gracos. No puedo simular alegría o llanto que realmente no sienta en el alma, ni transmitir a la concurrencia ninguna emoción mientras leo, como un escolar temeroso, cuartillas llenas de tachaduras que reflejan a medias mi pensamiento.

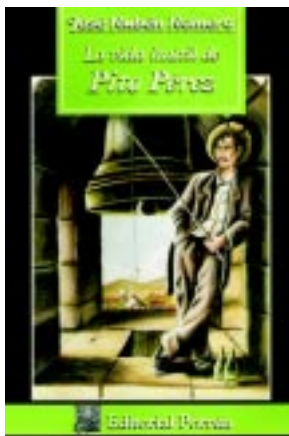
Las tachaduras en un escrito comprueban lo inconstante de nuestro espíritu, insatisfecho siempre, y son como fuegos fatuos que se levantan sobre las cenizas de las palabras que hemos asesinado con la punta de un lápiz.

Si yo fuese un lector de mí mismo, hace tiempo que mis novelas hubieran desaparecido, tachadas por mi propia mano.

Pero es un crimen que siga yo hablando a ustedes de cosas triviales, mientras afuera nos invita a gozar de la vida un espléndido atardecer y nos llama el arrullo del mar, de ese mar que duerme a la tierra con su vaivén de cuna. Cerca de nosotros, los árboles cantan con sus millones de trémulas esmeraldas y las flores revientan en los jardines como minúsculos pebeteros de amor. El contraste me es adverso: mis libros, todos juntos, no valen lo que el pétalo de una rosa...▲

Testamento de Pito Pérez

Jesús Pérez Gaona



Lego a la humanidad todo el caudal de mi amargura.

Para los ricos, sedientos de oro, dejo la mierda de mi vida.

Para los pobres, por cobardes, mi desprecio, porque no se alzan y lo toman todo en un arranque de suprema justicia. ¡Miserables esclavos de una iglesia que les predica resignación y de un gobierno que les pide sumisión sin darles nada a cambio!

No creí en nadie. No respeté a nadie. ¿Por qué? Porque nadie creyó en mí, porque nadie me respetó. Solamente los tontos o los enamorados se entregan sin condición

¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

¡Qué farsa más ridícula! A la libertad la asesinaron todos lo que ejercen algún mando; la igualdad la destruyen con el dinero, y la Fraternidad muere a manos de nuestros despiadado egoísmo!

Esclavo miserable, si todavía alientas alguna esperanza, no te pares a escuchar la voz de los apóstoles: su idea es subir y permanecer en lo alto, aun aplastando tu cabeza.

Si Jesús no quiso renunciar a ser Dios, ¿qué puedes esperar de los hombres?...

¡Humanidad, te conozco; he sido una de tus víctimas!

De niño, me robaste la escuela para que mis hermanos tuvieran profesión; de joven, me quitaste el amor, y en la edad madura, la fe y la confianza en mi mismo. ¡Hasta de mi nombre me despojaste para convertirlo en un apodo estrafalario y mezquino: Hilo Lacre!

Dije mis palabras, y otros las hicieron correr por las tuyas; hice algún bien, y otros recibieron el premio.

No pocas veces sufrí castigos por delitos ajenos.

Tuve amigos que me buscaron en sus días de hambre, y me desconocieron en sus horas de abundancia.

Cercáronme las gentes, como a un payaso, para que las hiciera reír con el relato de mis aventuras, ¡pero nunca enjugaron una sola de mis lágrimas!

Humanidad, yo te robé unas monedas; hice burla de ti, y mis vicios te escarnecieron. No me arrepiento y al morir, quisiera tener fuerzas para escupirte en la faz todo mi desprecio.

Fui Pito Pérez: ¡una sombra que pasó sin comer, de cárcel en cárcel! Hilo Lacre: ¡un dolor hecho alegría de campanas!

Fui un borracho: ¡nadie! Una verdad en pie: ¡qué locura! Y caminando en la otra acera, enfrente de mí, paseó la Honestidad su decoro y la Cordura su prudencia. El pleito ha sido desigual, lo comprendo; pero del coraje de los humildes surgirá un día el terremoto, y entonces, no quedará piedra sobre piedra.

¡Humanidad, pronto cobraré lo que me debes!...▲

Obras de José Rubén Romero



1. Obras poéticas

- “In memoriam”, *La Actualidad*, 11: 540, p. 13.
 “Homenaje” (Al Amo. señor Cázares) Infantil, Medallón, *La Bandera Católica*, Cotija de la Paz, Mich., I: 15, p.2.
El Panteón, Ario de Rosales, Mich., (2 noviembre 1902).
Iris, Ario de Rosales, Mich., (21 mayo 1905).
El Cometa, Cotija de la Paz, Mich., (3 septiembre 1905).
 “Crisantemas la Srita. Sabina Suárez”, *Iris*, (15 oct. 1905). [Firmado por Lirio del Valle].
 “Acuérdate de mí”, *El Anunciador*, Ario de Rosales, Mich., (15 enero 1906). [Firmado por J.R.A].
Fantasías. Sonetos. Prólogo de Crescencio Galván y González, Imp. de Estanislao Amezcua, Sahuayo, Mich., 1908.
 “Canción matinal”, *La Actualidad*, Morelia, Mich., (febrero 1908).
 “Todos somos poetas”, *El Tiempo Ilustrado*, (9 febrero 1908), p.85.
 “Quijotesco”, *La Actualidad*, (3 sep. 1908).
 “Tu rosario”, *La Actualidad*, (10 sep. 1908), p. 2.
 “Infantil”, *La Actualidad*, (15 oct. 1908).
 “A un poeta” (a J. Jesús González Valencia), *La Actualidad*, (9 jul. 1908).

- “A un poeta” (a J. Jesús González Valencia), *El Telescopio*, Cotija de la Paz, Mich., (15 nov. 1908), p. 2.
 “Medallón”, (Para la Sma. Virgen de Guadalupe), *El Telescopio*, Cotija de la Paz, Mich. (13 dic. 1908).
 “Canto frágil”, *El Telescopio*, Cotija de la Paz, Mich., (27dic. 1908).
 “Desde la Playa”, *La Bandera*, Cotija de la Paz, Mich., (16 ene. 1909).
 “Los poetas: lirismos extravagantes”, *El Buen Combate*, Cotija de la Paz, Mich., (31 ene. 1909) p. 2.
 “Trozos de mármol”, *La Actualidad*, (4 mar. 1909).
 “Suum cuique”, *La Actualidad*, (1° abr. 1909).
 “Es una ilusión que pasa”, *El Pueblo*, Morelia, Mich., (4 nov. 1908).
 “Fantasía escarlata”, *La actualidad*, (11 mayo 1909)
 “¿Cuándo vendrá?”, *El pueblo*, Morelia, Mich., (14 julio 1910).
 “Yo soñaba”, *Flor de Loto*. (II: 2, 1910), pp. 24-36.
Rimas bohemías. Sonetos, Tip. de José Buitrón, Pátzcuaro, Mich., 1912.
 “De los Cantos postreros. Para un poeta”, *El Constitucional*, Morelia, Mich., (4 ene. 1912).
 “¡Golondrinas!”, *El Constitucional*, Morelia, Mich., (11 ene. 1912).
 “Brindis de Covadonga”, *Nuevo Régimen*, Morelia, Mich., (25 enero 1912).
 “¡Ave!”, *El Demócrata*, (17 sep. 1912).
 “Envío. Presentación”, *El Constitucional*, Morelia, Mich., (12 nov. 1912).
 “Sonetos selectos: A Don Quijote, Para una farola, Para unos ojos”, *El Constitucional*, Morelia, Mich., (7 dic. 1912).
 “Noche Buena” (Poema al Ejército Nacional), *El Constitucional*, 1:57, (24 dic. 1912).
 “De amores y amoríos”, *El Constitucional*, (22 dic. 1912).
Hojas marchitas, Tip. Artística de J. Buitrón, Pátzcuaro, Mich., (1912).
 “De paso”, *El Constitucional*, (3 ene. 1913).
 “Blasón”, *El Constitucional*, (18 ene. 1913).
 “Peregrinando”, *El Constitucional*, (26 ene. 1913).
 “La mujer”, *El Constitucional*, (26 ene. 1913).

- “Homérico”, *El Constitucional*, (30 ene. 1913).
- “Matinal”, *El Constitucional*, (9 febrero 1913).
- “Oración fúnebre a Madero” [poema], ¿Periódica de Morelia?, (23 febrero 1913).
- “Canto a Morelos” [poema] en el libro *Glorificación del Héroe*, Morelia, Mich., (3 mayo 1913), 45 pp.
- “Canto a Morelos”, *El Heraldo*, Morelia, (3 mayo 1913).
- “Canto a Morelos”, *El Comercio de Morelia*, XXIV, (19 mayo 1913).
- “En el bosque”, *El Heraldo*, Morelia, Mich., (21 jun.1913).
- La musa heroica*. Poemas patrióticos, Imp. de Rafael Carrasco, Tacámbaro, Mich., 1915.
- “Alma heroica”, [poema], Tip. Carrasco Sierra e Hijos, Tacámbaro, Mich., 1917,5 pp. (Contiene en forma de folleto el poema del mismo título, fragmenta de *La musa heroica*).
- “Alma heroica”, *Tzintzin*: 1-3, (revista estudiantil), Morelia, pp. 2-3.
- La musa loca*. Prólogo del Ing. Agustín Aragón, Imp. Escuela Industrial, Morelia, Mich., 1917, 165 pp.
- “De Carducci, del Anfora, del Ocaso”, *La Opinión*, Morelia, (19 oct. 1917), p. 3.
- “Mientras llueve”, *Tzintzin*, 1918, p. 16.
- “Como hojas secas”, *La Opinión*, Morelia, (23 feb. 1918).
- Sentimental*. Talleres Gráficos de Herrero, Hnos. Sucs., México, 1919, 106 pp.
- “Raza Tarasca”, *Panorama mundial*, México, núm. 233, (26 sep. 1919).
- Tacámbaro*, Imp. El Hogar, México, 1922, 89 pp.; 2ª ed. de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1929, 91 pp.
- “Canto a Morelos”, “Raza Tarasca” y “Poemas sintéticos” en *Literatura Michoacana*, Selección y prólogo de Jesús Romero Flores, Morelia, Mich., 1923.
- Tacámbaro*, México, 1922; 2ª ed., S.E., México, 1929. 4ª ed. 1939. “Poemas sintéticos”, (fragmentos de Tacámbaro), *Orientación*, Morelia, (16 ene. 1923), p. 3. *El Heraldo*, Morelia, (4 febo 1923).
- Tacámbaro*, (fragmentos) *El Universal Ilustrado*, México, (25 ene. 1923); *El Informador*, Guadalajara, (4 febo 1923); *El Mundo*, (mar. 1923) y *Columbia*, Buenos Aires, (5 jun. 1925).
- Versos viejos*, Imp. de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1930, 94 pp.
- Tacámbaro y Versos viejos*, México, 1939.

2. Obras narrativas

- “De invierno”, *El tiempo Ilustrado*, (9 dic. 1906), p. 723.
- “La alcoba nupcial”. *Mefistóles*, (Periódico de Literatura y variedad), Pátzcuaro, Mich., (30 jun. 1907), p. 4.
- “Cromo”, *El Tiempo Ilustrado*, Sahuayo, Mich., (7 ju1. 1907), p. 442.
- “Color de rosa”, *La Actualidad*, (17 febrero 1908).
- “Don Francisco de la Baba y Coreta”, *El Tiempo Ilustrado*, (21 jun. 1908).
- “Una limosna”, *La Actualidad*, Morelia, Mich., (2 agosto 1908), p. 2.
- “Paisajes campestres”, *El Telescopio*, Cotija de la Paz, Morelia, Mich., (1º noviembre 1908), p. 2.
- “El regreso”, *El Buen Combate*, Cotija de la Paz, (17 enero 1909).
- “De Carnaval”, *El Telescopio*, (12 mar. 1909).
- (Las prosas anteriores, junto con otras que llevan como título “Dibujos al natural”, “Recuerdos del Sr. Alarcón”, “Una historia de amor”, “Cotija de la Paz” y “En Marcha”, están incluidas en *José Rubén Romero*. Cuentos y poemas inéditos con estudio y bibliografía selecta por William O., Coord, México, 1963). Colección Studium, V. 43. Ediciones de Andrea, México, 1964, 109 pp.
- Cuentos Rurales*, Imp. de Rafael Carrasca, Tacámbaro, Mich., 1915, 194 pp.
- Mis amigos, mis enemigos*, ed. Herrero Hnos.; México, 1921.
- Apuntes de un lugareño*, Dibujos de Ignacio Vidal, Imp. Núñez y Cía., Barcelona, España, 1932, 360 pp. 2ª ed. Barcelona, 1936. 3ª ed. Porrúa, México, 1945, 4ª ed. Populibros La Prensa, Editora de Periódicos, México, 1955, 187 pp. 6ª ed. Porrúa, México, 1977, 224 pp. 8ª ed. Porrúa, México 1980.
- Desbandada*, Dibujos de Wilfrido Soto, Imp. de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1934, 2ª ed. Agustín Núñez, Barcelona, 1936. 3ª ed. México, 1939. 3ª ed. Porrúa, México, 1946.
- El pueblo inocente*, Ilustr. de Mariano Martmez, Imp. Mundial, .México; 1934, 2ª ed. A. Núñez, Barcelona, España, 1936. 3ª ed. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1939, 212 pp. 2ª ed. Porrúa, México, 1962,

202 pp.

Mi caballo mi perro y mi rifle, Agustín Núñez, Barcelona, 1936. 2ª ed. México, 1939. 3a ed. Porrúa, México, 1945, 13ª ed. Porrúa, México, 1983.

“Antología”, [fragmento de *Mi caballo, mi perro y mi rifle*], *Frente a frente*, núm. 7 (enero 1936).

“María la del hospital”, *Exodo*, A. Nacao, Río de Janeiro, (19 dic. 1937).

La vida inútil de Pito Pérez, Ed. México Nuevo, México, 1938. 2ª ed. México, Ed. México Nuevo, 1938. 3ª ed. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1940. 5ª ed. Imprenta Aldina, México, 1943. 6ª ed. Antigua Librería Robredo, México, 1944. 7ª ed., México, 1944. 8a ed., México, 1946. 9ª ed. José Rubén Romero, ilustrada por Benjamín Molina, México, 1945. 10ª ed. Porrúa, México, 1946. 12ª ed. Porrúa, México, 1961, 232 pp. 25ª ed. Porrúa, México, 1978, 232 pp. 26ª ed. Porrúa, México, 1979. 29ª ed. Porrúa, México, 1983.

Una vez fui rico, México, 1939. 2ª ed. Imp. Aldina, México, 1942. La Habana, La Verónica, 1942, 171 pp. 3ª ed. Porrúa, México, 1946. 5ª ed. Porrúa, México, 1975, 164 pp. 6ª ed. Porrúa, México, 1981.

Rostros, Imp. Aldina, México, 1942. 2ª ed. aumentada, Porrúa, México, 1944, 270 pp. 3ª ed. Porrúa, México, 1946. 5ª ed. Porrúa, México, 1975.

Anticipación a la muerte, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1939. 2ª ed. México, 1943. 3ª ed. Imprenta Aldina, México, 1943. M ed. Antigua Librería Robredo, México, 1944. 5ª ed. México, 1947. 3ª ed. Porrúa, México, 1976.

Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero, Viñetas de Oscar Frías, Col. Lunes. núm. 7, México, 1945. Viñetas de Oscar Frías. Romero, México, 1946, 36 pp.

Rosenda. Capitulares de Carmen Jiménez Labora, Porrúa, México, 1946.

Rosenda. Versión musical de Jesús Treviño Tapia, México, 1962, 3ª ed.

Obras completas, Prólogo de Antonio Castro Leal, ed. Oasis, México, 1957. 2ª ed. Editorial Porrúa, México, 1963. 3ª ed. Porrúa, México, 1970, 5ª ed. Porrúa, México, 1979.

3. Discursos, conferencias y ensayos

Biografía: Álvaro Obregón, aspectos de su vida, en colaboración con Juan de Dios Robredo, Dr. Atl, Juan de Dios Bojorques y otros, Ed. Cultura, México, 1935. 2ª ed. 1938.

Álvaro Obregón: Discurso pronunciado el día 27 de julio de 1938, décimo aniversario del sacrificio de Álvaro Obregón ante su monumento en el antiguo parque de La Bombilla. S.E. México, 1938, 16 pp.

“Álvaro Obregón”, [discurso] *Hoy*, núm. 76, (6 agosto 1938), p. 24.

“Habla Rubén Romero”, en *Homenaje a Rubén Romero*, Imp. Mundial, México, 1937, pp. 51-60.

Semblanza de una mujer, Ed. José Rubén Romero, México, 1941. 2ª ed. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1946.

Morelos, [conferencia]. Imp. Aldina, México, 1942, 14 pp. Morelia, Mich., 1942.

La inteligencia de México está con México, cuatro discursos: de José Rubén Romero, Enrique Gómez Martínez, Cenara Fernández Mac Gregor y Manuel Ávila Camacho, ed. Secretaría de Gobernación, México, 1942.

Breve historia de mis libros, La Verónica, La Habana, 1942, 58 pp.

Alusiones a la guerra, Editorial Lex, La Habana, 1942.

Tres discursos americanos, José Rubén Romero, Spruille Braden y Miguel Ángel Campa, La Habana, Cuba, 1942.

“La flor, símbolo y presea” [discurso publicado juntamente con otro discurso pronunciado en Xochimilco el 12 de mayo de 1946]. Editorial Cultura, México, 1946.

Viaje a Mazatlán, México, 1946.

Cómo leemos El Quijote, Imp. Aldina, México, 1947.

Mis andanzas académicas, Imp. Aldina, Robredo y Rosell, México, 1950, 77 pp.

Discurso pronunciado en Aguascalientes, *Novedades*, México, 25 abr. 1952.

Los poemas a México de poetas españoles, Ediciones Internacionales, México, 1956, 60 pp.

4. Artículos (selectos)

“Entrevista de Rubén Romero a D. Rubén Romero”, *Hoy*, N° 628, (5 marzo 1949), pp. 13 y 16.

- “Si yo llegara a gobernar Michoacán”, *Hoy*, núm. 630, (mar. 1949), pp. 12 y 13.
- “Morelia es el Escorial de mi juventud, dice Rubén Romero”, *Hoy*, núm. 631, (26 mar. 1949), p. 13.
- “Y habló un tal Morelos...”, *Hoy*, núm. 634, (16 abr.1949), p. 13.
- “La Golondrina”, *Hoy*, núm. 635, (23 abr. 1949), p. 13.
- “Petróleo, sangre de México”, *Hoy*, núm. 636, (30 abr. 1949), p. 10.
- “Cartas de la provincia”, *Hoy*, núm. 663, (5 nov. 1949), p.
- “Son versos pasados de moda”, *Hoy*, núm. 700 (22 julio 1950), p. 14.
- “España: su vibración”, *Hoy*, núm. 728 (3 febo 1951), p. 17.
- “Fechas y fichas de un pobre diablo”, *Cuadernos Americanos*, LV, núm. 22 (jul.-ago. 1945), pp. 244-258).

5. Prólogos

- Amor y luz o rumbos inéditos*, Manuel Berrondo, Barcelona, 1936.
- Estas cosas...*, Salvador Calvillo Madrigal, Ed. Prisma, México, 1944.
- Mariquita Candela*, Raúl Horta, Editorial Sty1lo, México, 1947, pp. 159-161, epílogo.
- Senderos de Pasión*, Dina Rico, B. Costa-Amic. México, 1948.
- La vida provisional; novela de malas costumbres*, Víctor Alba, CIDE, México, 1950.
- Renglones de Sevilla*, Francisco Orozco Muñoz, Eds. Inter nacionales, México, 1950.
- Pueblo olvidado*, Patricia Cox, Eds. Constancia, México, 1951.

6. Traducciones

- Tacámbaro*. Traducción al ruso por el profesor Dr. Stanislaw Pazurkiewicz, Moscú, 1933, 84 pp.
- “Una ‘Tosca’ rural”. Traducción al francés por José Salions, *Ce Soir*, Paris, (5 julio 1937).
- Fragmento de *Mi caballo, mi perro y mi rifle*. Traducción al húngaro por Oliver Brachfeld en periódico magiar de París, (¿31 julio 1937?).
- Mi caballo, mi perro y mi rifle*. Traducción al portugués, Athena. Río de Janeiro, 1938.
- El pueblo inocente*. Traducción al francés por Edmundo de Vandercamer, 1938.
- Mi caballo, mi perro y mi rifle*. Traducción al inglés por Carl Edgar Niles “con un estudio de su vida, obras y filosofía [de Romero]”, Universidad de Tennessee, 1947, 133 pp.
- Mi caballo, mi perro y mi rifle*. Traducción al inglés por Mary Sue, con introducción y notas, Universidad de Texas, 1948, XXI V, 133 pp.
- La vida inútil de Pito Pérez*. Traducción al inglés por William O. Coord, Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1966.